

Entrevista a H.C.F. Mansilla

“Nuestra obligación es mantener una distancia crítica con respecto a todos los regímenes políticos”

Yuri F. Tórrez¹

Hugo Celso Felipe Mansilla es uno de los intelectuales más incisivos, eruditos y polémicos de Bolivia. Este académico nacido en los años cuarenta en Buenos Aires, que adquirió la nacionalidad boliviana abrevió sus nombres en solo H.C.F. Mansilla se erigió en una marca registrada en el campo intelectual boliviano. Es politólogo y filósofo formado en Alemania quizás allí adquirió no solo lo ceremonioso de su trato personal, sino, sobre todo, su rigurosidad germana que aderezó con una ironía fina de estampa que le acompañó en su tarea intelectual.

Alejado de la parafernalia mediática ya que no tiene ni aparato de televisión, tampoco radio y no lee los periódicos, su cuenta de Facebook es administrada por terceros y para aceptar la entrevista me advirtió irónicamente: “Ergo: no tengo ni la más mínima idea sobre asuntos de coyuntura y actualidad políticas. Tal vez le desilusione mi poca predisposición a hablar sobre asuntos de actualidad”. Crítico a los regímenes populistas y las teorías que sustentan los mismos y quizás injustamente por algunos sectores intelectuales fue descalificado como “intelectual racista”, aunque este intelectual, por lo menos, en esta entrevista desmonta con argumentos esas apreciaciones apresuradas. Quizás es uno de los pocos intelectuales que tiene una visión crítica no solamente con el intelectual indigenista Fausto Reinaga, sino con el propio René Zavaleta Mercado.

1 Investigador del INCISO-FACSO. Email: yuritorrez@yahoo.es

A su juicio, ¿Qué corrientes filosóficas han influido sobre su tarea intelectual y académica?

Supongo que la respuesta más adecuada es hacer una breve mención a mi formación académica. Estudié ciencias políticas y filosofía en universidades alemanas, especialmente en la Universidad Libre de Berlín (1962-1974). Seis décadas nos separan de aquella época. Digo esto porque la universidad alemana de entonces estaba aún impregnada por corrientes críticas y humanistas. Las corrientes filosóficas que me han influido de alguna manera lo han hecho, empero, a través de los libros: Platón, Aristóteles, Cicerón, Montaigne, La Rochefoucauld, los miembros de la Escuela de Frankfurt, Hannah Arendt, Octavio Paz y otros menos conocidos. Hoy las universidades alemanas son instituciones de masas, enormes, mediocres y aburridas, consagradas a la formación de técnicos y tecnócratas. Probablemente he quedado muy marcado por la formación académica y el espíritu intelectual que prevalecían en mis tiempos de universitario, que ahora ya no existen.

Usted sostiene que la sociedad boliviana tiene rasgos autoritarios ¿Cuáles son sus principales argumentos de esta tesis?

Como fundamento empírico-documental se puede aludir a algunas encuestas públicas de alta representatividad, como las del grupo CIUDADANÍA de Cochabamba, dos de la antigua Corte Nacional Electoral, los trabajos interpretativos de las mismas por Jorge Lazarte y también se puede recurrir a las diferentes versiones de la Encuesta Mundial de Valores, que en Bolivia se llevaron a cabo con la ayuda del gobierno del Movimiento al Socialismo.

Por ello me permito afirmar – o, más bien, recordar – que en la base de la cultura política boliviana del autoritarismo se hallan componentes como la intolerancia con respecto al que piensa de manera distinta a lo rutinario, el caudillismo, la desproporción entre medios y fines y el activismo ciego. En la praxis política cotidiana predominan los factores que pueden ser adscritos al irracionalismo: la evocación de las pasiones, la fuerza de la atracción carismática, la pujanza de los instintos y los prejuicios, la influencia de las “místicas” nacionalista o revolucionaria y el estilo altisonante, pero vacío de la retórica pública. Todos estos fenómenos gozan aún de una estimación positiva en cuantas manifestaciones de una cultura original. No es raro que se los contraponga con bastante orgullo a la democracia aparentemente formal de las sociedades metropolitanas del Norte.

Otro de los rasgos del autoritarismo es el machismo, que en Bolivia ha florecido con inusitada vehemencia y al que hay que atribuir una relevancia notable en la praxis política cotidiana. El menosprecio de la mujer es sólo un aspecto de una actitud más amplia que denigra a todos aquellos que supuestamente son débiles y que se desvían de las rígidas normas de conducta preestablecidas.

Es, en el fondo, la negativa a aceptar posiciones divergentes de la propia, la exaltación de un dominio irrestricto pero simple y el anhelo de ejercer algún poder, aunque sea

dentro de las cuatro paredes de la estrechez familiar. La atracción del caudillismo carismático está ligada a la dimensión del machismo: él representa, por un lado, la posibilidad de identificarse con una personalidad que parece irradiar un alto grado de potencia sexual y posibilita, por otro, la veneración del jefe fuerte e imperioso, algo sumamente importante para la masa de súbditos de espíritu gregario y carácter débil.

Usted se formó en Alemania. ¿En qué medida la Escuela de Frankfurt ha influido en su tarea intelectual?

Debo a la Escuela de Frankfurt tres convicciones fundamentales: (1) un claro escepticismo ante la dominación del mundo contemporáneo por la tecnología (la crítica de la razón instrumentalista); (2) la desconfianza frente a los decursos evolutivos obligatorios y a las presuntas bondades del desarrollo acelerado; (3) y finalmente la concepción de que los valores estéticos, contenidos en la literatura y el arte, permiten quizá un conocimiento más veraz y genuino que la filosofía y la ciencia. La Escuela de Frankfurt me enseñó que nuestra principal preocupación debe ser el individuo expuesto a los avatares de las sociedades modernas, la persona sometida al sinsentido de la historia y el destino, el ser pensante topándose con las perversidades del colectivismo, las tonterías de la opinión pública y las maldades del prójimo.

Hice la experiencia reiterativa de que la Escuela de Frankfurt cae mal a los intelectuales latinoamericanos porque esta teoría impide una identificación fácil, es decir autoritaria. La identificación fácil es la que permite y fomenta formas tradicionales de transmitir conocimientos, como las definiciones, la recitación y otros modos memorísticos. Los intelectuales latinoamericanos brillan en la cátedra o delante del público porque recitan muy bien. Aunque suene extraño, este modo de enseñar es aún muy popular en gran parte del planeta. El pensamiento frankfurtiano no les gusta porque dificulta la transmisión convencional del pensamiento y la identificación cómoda.

¿Usted cómo evalúa el recorrido del pensamiento político y las ideologías en Bolivia en las dos últimas centurias?

Bolivia, en comparación con naciones de magnitud poblacional semejante, ha generado notables productos en los campos de la historiografía, la filosofía política y social y la literatura de la más alta calidad. Si dejamos a un lado las modas relativistas y la corrección política del momento y si echamos un vistazo crítico a la creación filosófica y sociológica en la inmensa mayoría de los países de Asia, África y América Latina, podemos comprobar, efectivamente, que sólo los estados con una población muy grande pueden exhibir manifestaciones intelectuales comparables a las bolivianas. Cuba, con más de sesenta años de revolución socialista, no ha generado un pensador marxista que se asemeje ni de lejos a la calidad de René Zavaleta Mercado. Otra cosa muy diferente es que nuestra sociedad no ha sabido o no ha querido apreciar de manera adecuada lo que se ha elaborado en aquellos campos que exigen un cierto esfuerzo de comprensión.

El pensamiento político y las ideologías de los últimos tiempos sólo pueden ser comprendidas si echamos un breve vistazo al mayor problema del quehacer filosófico y científico en el país, que ha sido durante mucho tiempo el predominio de un marxismo tercermundista, desconectado de los grandes temas globales y cerrado doctrinariamente sobre sí mismo. En los últimos años este dogmatismo ha sido mezclado con otro, conformado por las modas postmodernistas de diversa especie y aderezado con un resto melancólico de radicalismo inofensivo. Estas corrientes relativistas y deconstructivistas tienen obviamente la ventaja de brindar un hálito de actualidad y cosmopolitismo a los trabajos que surgen dentro de su órbita. Los estudios postcoloniales y subalternos, las teorías de la infrapolítica y la posthegemonía y muchas otras novedades teóricas tienden a igualar la ciencia a la literatura cotidiana, el texto filosófico a la narrativa prosaica, y así borran las odiosas distinciones entre el esfuerzo académico y la ocurrencia fortuita. Este desarrollo tiene evidentemente un aire democrático, igualitario y hasta juvenil, pero no creo que contribuya al avance del conocimiento científico.

La atmósfera en la cual se formaron las corrientes ideológicas bolivianas más importantes del último siglo fue calificada por Pablo Stefanoni como el “magma antiliberal”. Basado en una investigación exhaustiva de fuentes documentales, este autor llega a la conclusión de que el antiliberalismo ha sido la fuerza aglutinadora de la política y de la cultura bolivianas después de 1920. El antiliberalismo es hasta hoy el caldo de cultivo tanto de concepciones filosóficas como de programas políticos y de modas literarias. Es el denominador común de doctrinas conservadoras y nacionalistas, pero también de tendencias revolucionarias, socialistas, teluristas e indianistas. Hasta hoy los rasgos principales son el radicalismo verbal y el inconformismo con la situación general del país y del mundo, complementados con un entusiasmo algo ingenuo por soluciones radicales y con una gran imprecisión a la hora de definir políticas públicas concretas.

Desde mediados del siglo XX el magma antiliberal coincide con el “nacionalismo autoritario”, término acuñado por la historiadora Irma Lorini designar los periodos dominados por los partidos nacionalistas, periodos que no se destacaron por la vigencia del Estado de derecho ni por prácticas democráticas, pero sí por modestas reformas en los campos social y económico, y, ante todo, por despertar anhelos colectivos de participación política y reconocimiento cultural en sectores de la población que habían sufrido procesos seculares de discriminación. Augusto Céspedes y Carlos Montenegro popularizaron exitosamente la dicotomía nación / antinación, que es similar a patria / antipatria, basadas ambas en la conocida contraposición amigo / enemigo, dicotomía que tiene hasta hoy una considerable eficacia en la praxis política (polarización) y una curiosa relevancia en sectores intelectuales de toda América Latina, como lo atestigua la persistente popularidad de la filosofía política de Carl Schmitt, puesta al día por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. Estas oposiciones binarias excluyentes definen *a priori* lo que es la verdad histórica y los fenómenos de la praxis. ¿Quién va a estar dispuesto, por ejemplo, a buscar o encontrar aspectos positivos en un fenómeno llamado antipatria o antinación? Esta constelación no ha variado sustancialmente hasta hoy.

¿Desde su evaluación filosófica, cuál es su evaluación sobre la cuestión racial en Bolivia?

Sería un grave error negar la presencia del racismo y de sus efectos perniciosos en Bolivia. Pero otra cosa, también equívoca, es postular el racismo como la *clave universal* para analizar las carencias de la evolución histórica. Esto último no garantiza la eficacia explicativa de las teorías sobre el racismo. La expansión de distintas variantes de esta teoría no significa que debamos aceptar sus conclusiones, que en general poseen un sesgo ideológico a favor de un populismo autoritario. El 8 de octubre de 2021 tuvo lugar un evento por vía electrónica, promovido por varias instituciones académicas europeas con gran poder de convocatoria, para tratar el tema: “*Perspectivas históricas del mestizaje: breve historia de un concepto*”, cuyos resultados fueron los previsibles: el colonialismo interno, basado en la continuación de relaciones basadas en formas perdurables de racismo, sigue siendo la estructura social prevaleciente en toda América Latina. Y el mestizaje viene a ser o una ilusión equivocada o una pérfida invención de agentes reaccionarios.

Hoy como ayer estas cuestiones pueden ser fácilmente manipuladas en pro de fines políticos. Las autoridades intelectuales del populismo y el socialismo autoritarios han impuesto estas temáticas y su terminología correspondiente, labor en la que han descollado Boaventura de Sousa Santos, Enrique Dussel, Maristella Svampa, Peter Wade, Ernesto Laclau, Atilio A. Borón y otros menos conocidos, todos ellos muy apreciados en el ambiente intelectual boliviano. En el tema específico del racismo se han destacado los latinoamericanos Guillermo Nugent, Sarah Albiez-Wieck, Tomás Pérez Vejo, Fabiana del Popolo y muchos otros. Se distinguen por la utilización inflacionaria de ciertos términos, que tienden a transformarse en obligatorios y que son invenciones filológicas postmodernistas, como la ceguera epistemológica, el sujeto racializado, la liberación cognitiva de las multitudes, la zona de confort, el lugar de enunciación, la blanquitud, la dueñidad y el capitalismo como máquina de guerra contra la vida. Estas creaciones terminológicas altisonantes sirven también como signos de reconocimiento mutuo entre los creyentes del nuevo dogma.

El racismo como *clave universal* para explicar el desarrollo histórico representa también el resurgimiento de la antigua retórica anti-imperialista, que posee fuertes raíces católico-tradicionalistas, con rasgos inquisitoriales, antiliberales y anti-individualistas. De ello proviene su enorme popularidad entre los más diversos estratos sociales. La retórica anti-imperialista tuvo y tiene notables funciones compensatorias, que son muy difíciles de ser reemplazadas por concepciones racionalistas y pluralistas. Entre estas funciones se encuentran la utilización del racismo para explicar los fenómenos sociales más diversos y la apología algo ingenua, pero muy efectiva de un camino revolucionario, que pondría fin a todas las falencias acumuladas a lo largo de una historia atroz. Estas concepciones están muy difundidas entre la gente con bajo nivel educativo.

A su juicio ¿Cuál debería ser el papel del intelectual en una sociedad como la boliviana?

Le contestaré indirectamente acudiendo al testimonio de un notable historiador británico: Malcolm Deas. En 1984 él describió así lo que permanece incólume de la atmósfera intelectual colombiana a través de largos periodos históricos: “el autobombo periodístico y la arrogancia de los columnistas; los testimonios oculares de segunda mano; el anti-yanquismo de reflejo; la superficialidad en el juicio disfrazada por citas de moda; la pereza como distinción; la culpa siempre ajena”. Esto es aplicable a Bolivia. Hoy en día todo esto ha sido acentuado y popularizado mediante la idea central del relativismo postmodernista: no existe y no puede existir ninguna concepción de objetividad y verdad en sentido enfático, y por ello todo pensamiento profundo y todo impulso ético se convierten en algo superfluo.

En este contexto el papel del intelectual en una sociedad como la boliviana debe ser cultivar persistentemente un espíritu crítico, diferenciado e incómodo. Esto sería suficiente.

¿Cuál es el aporte de René Gabriel Moreno para el pensamiento social y político boliviano?

No conozco bien el pensamiento de Gabriel René Moreno, así que me eximo de contestar esta pregunta.

¿En uno de sus últimos textos realizó una crítica al indianismo y a la descolonización, cuáles son sus principales argumentos de su crítica?

El fundamento de esos argumentos tiene que ver con la historia cultural boliviana. Habitualmente nuestros intelectuales progresistas se inclinan a descubrir aspectos revolucionarios y, por lo tanto, muy positivos en las tradiciones populares, en las doctrinas que atacan el legado europeo-occidental y en las doctrinas indianistas. Hay que analizar el posible potencial conservador bajo el manto del indianismo. El enaltecimiento indianista del orden prehispánico como si este hubiera sido un paradigma de fraternidad y prosperidad, es una clásica ideología que justifica como ejemplar un sistema social autoritario, jerárquico y poco innovador.

Un buen análisis del indianismo puede provenir del examen de la obra de Fausto Reinaga. Los escritos de este notable pensador son una muestra clara de una tendencia antidemocrática, antimodernista y antipluralista, aunque también son un testimonio del memorial de agravios de los pueblos indígenas y la muestra de un brillante estilo literario. Reinaga se comparó explícitamente con los grandes oradores de la historia universal, desde Demóstenes y Cicerón hasta Lenin y Trotski, exclamando alborozado en su autobiografía *Mi vida*: “Domé, dominé y poseí

a mi auditorio”. Como Reinaga mismo admitió, en 1944, cuando fue candidato oficialista a la Convención Nacional durante el gobierno de Gualberto Villarroel, utilizó toda clase de mañas y artimañas para conseguir una victoria electoral, instigando abiertamente a la violencia física contra sus opositores. En la obra citada él relató con auténtica fruición las trampas y los engaños que concibió para ganar por la fuerza una diputación.

Menciono estos hechos, en el fondo baladíes, porque las actitudes reiterativas de Reinaga y las normativas éticas que subyacen a las mismas son aquellas que practican numerosos miembros de todas las fracciones de la clase política boliviana. Lo relevante reside en el hecho de que hasta ahora nadie ha criticado a Reinaga por este asunto, porque las triquiñuelas que utilizó son parte cotidiana de la cultura autoritaria del país, la que se ha convertido en algo naturalizado como obvio y sobreentendido, es decir en una porción importante – y apreciada favorablemente – de la mentalidad nacional.

En numerosos escritos Reinaga predicó la lucha de razas en lugar de la confrontación de programas e ideas y para ello legitimó todo uso de la violencia física. Distinguidos escritores del presente predicán lo mismo, pero ahora revestido de un tenue barniz científico a la moda del día. Él y sus allegados no se dedicaron a promocionar una educación moderna o una actitud abierta y humanista entre sus adherentes, sino que propiciaban lo rutinario y convencional en la vida de los partidos políticos bolivianos. Como escribe Hilda Reinaga Gordillo, la guardiana actual del Movimiento Amáutico, esa educación consistía en “el adoctrinamiento de los militantes”, quienes recibían “las lecciones” de la jefatura indianista, que luego debían reproducir sin dudas ni discusiones. Esta enseñanza no podía ser cuestionada porque contenía “verdades de fuego”.

Por otra parte, Fausto Reinaga propalaba la idea tradicional de que la principal meta de la revolución india estaría representada por la conquista del poder político a cualquier costo; su divisa era: “Poder o muerte”, es decir lo habitual de las prácticas políticas autoritarias. El indianismo preconizado por Reinaga y sus adeptos no es favorable a normativas racionales, como la consideración del largo plazo, la protección del medio ambiente, la democracia pluralista, la vigencia efectiva de los derechos humanos, la lucha contra la corrupción y la discusión pública de opciones programáticas.

¿En su análisis cuál es su posición intelectual al proceso de construcción del Estado Plurinacional de Bolivia en curso?

No creo que exista una “construcción del Estado Plurinacional en curso”, como Vd. afirma. Lo que hay es un régimen populista convencional y rutinario dentro de la historia de este fenómeno en América Latina. El populismo es un sistema organizativo para sincronizar grupos de intereses diferentes, con un liderazgo eminentemente carismático. La dirigencia populista tiende a la manipulación, pues la comunicación interna (en el interior de la organización y también en el seno de los grandes movimientos de

masas) es siempre unidireccional: del líder al pueblo. Dentro del partido los militantes tienen en realidad poco que decir. Conformen la masa disponible, proclive a ser manejada arbitrariamente por la jefatura partidaria. El partido populista adquiere el carácter de un hogar, en el cual todo tiene su lugar conocido y donde la jefatura adopta fácilmente un rol paternalista y ejerce una función pedagógica de arriba hacia abajo. He tomado la idea del *hogar populista* de la obra de la gran socióloga peruana Imelda Vega-Centeno en su estudio sobre el APRA.

La ideología populista es ante todo anti-elitaria y anti-intelectual. Su comprensión no exige grandes esfuerzos teóricos a ningún simpatizante o militante. En el fondo se reduce a una visión dicotómica de toda actividad política: patria / antipatria, amigos / enemigos, los de adentro contra los de afuera. No acepta la concepción marxista de la lucha de clases. El enfoque está destinado al hombre simple, al campesino pobre o al clásico *descamisado* peronista.

Muchos consideran a René Zavaleta Mercado como un referente insoslayable de las ciencias sociales y del pensamiento político boliviano, sin embargo, usted tiene su propia opinión sobre este intelectual boliviano...

René Zavaleta Mercado se ha convertido en un clásico de las ciencias sociales. El mejor homenaje a un clásico es un tratamiento crítico de su obra, no uno celebratorio. Así se mantiene vivo su pensamiento. El legado intelectual de Zavaleta es importante para comprender la Bolivia contemporánea. Por otra parte, la mayoría de los escritos en torno a Zavaleta tiene un carácter laudatorio y hasta religioso. Estos textos se hallan dentro de una fuerte tradición teológica, que no ha cambiado gran cosa desde la era colonial. Se dedican a recapitular, sistematizar, glosar e interpretar la magna doctrina, pero casi nunca ponen en cuestionamiento los principios zavaletianos.

Los marxistas latinoamericanos y bolivianos – y Zavaleta Mercado no fue, lamentablemente, una excepción a esta corriente – usaban el marxismo como un instrumento idóneo para explicarse su mundo y su época y también para allanar su camino al poder político. Las creaciones institucionales y el espíritu crítico que había generado el racionalismo a partir del siglo XVIII les eran indiferentes. El humanismo ha sido una planta mal adaptada en el clima local. Y esto no se ha modificado sustancialmente hasta hoy.

Pese a todo su talento, Zavaleta no practicó una actitud crítica con respecto a una modernización autoritaria, dirigida por un gobierno centralizado y exento de controles democráticos. No lo hizo con respecto al gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario en Bolivia (1952-1964) y tampoco con referencia a ningún régimen socialista a nivel mundial. Para él las libertades individuales, el *Estado de derecho* y el pluralismo ideológico eran fenómenos muy secundarios. Lo importante para Zavaleta era el *derecho del Estado* de disponer sobre todos los recursos materiales y humanos en pro de las grandes metas históricas. Estas últimas eran definidas por una pequeña élite de iluminados, que, sin consultar a las masas, definía en nombre de estas el futuro de la nación.

En sus escritos Zavaleta deja vislumbrar, sin hacerlo premeditadamente, sus ideas vitalistas y teluristas, sus inclinaciones autoritarias, su apego a tendencias elitistas y tecnocráticas, su desdén por la proporcionalidad de los medios y su curiosa fidelidad a una ortodoxia marxista: la propalada en su época por la Unión Soviética (repetida sin sorpresas por el régimen cubano) y suavizada y mejorada por Antonio Gramsci. Algunos de estos aspectos pertenecen al núcleo de las tradiciones culturales bolivianas y latinoamericanas en la difusa esfera del pensamiento izquierdista.

Siguiendo una concepción tomada explícitamente de L. D. Trotzki, en un escrito de 1962 Zavaleta afirmó que había que pasar directamente a la producción altamente mecanizada. Poco después añadió que en Bolivia “el socialismo es un determinismo porque no hay lugar a la elección” y aseveró taxativamente: “[Es] un país que tiene que industrializarse a marchas forzadas”. Zavaleta creía que la meta por excelencia era “la marcha hacia la industria pesada”. A este fin se debían subordinar, de acuerdo a Zavaleta, todas las actuaciones del Estado. Hay que restringir el consumo masivo de la población, por ejemplo, y hay que limitar las obras de infraestructura social. Estas últimas son aludidas por Zavaleta mediante expresiones claramente despectivas como “cloacas” y “escuelitas”. Las naciones que no propugnan una industria pesada como meta normativa son calificadas como despreciables (Paraguay: un “paisillo agrícola”; Argentina: una “semicolonia gorda”). Y como método para disciplinar a la población Zavaleta afirma que no hay que descartar el terror porque sí. Esta doctrina acerca de la necesidad absoluta de la industria pesada – para evitar el destino de ser sólo “un país pastoril” – se repite varias veces a lo largo de la obra de Zavaleta.

Creo que estos argumentos indican más o menos porqué hay que cuestionar a Zavaleta.

Usted es un crítico a las teorías populistas en boga, ¿Cuáles son sus principales reflexiones y críticas a estas teorías?

Para comprender el populismo es conveniente poner en duda nuestras convicciones más íntimas y entrañables – por ejemplo: el sentido común de la sociedad boliviana en su conformación actual – para acercarnos a comprender la base desde la cual el populismo resulta tan aceptable para dilatadas masas sociales. Los factores que han moldeado en Bolivia el sentido común y la mentalidad colectiva exhiben rasgos premodernos y prerracionales, pues se trata de una concepción muy difundida que no se pone a sí misma en cuestionamiento, ni reconoce la relevancia del espíritu crítico, ni tampoco aprecia positivamente las comparaciones con el mundo exterior. Lo que podríamos llamar la esfera prepolítica de este país está condicionada por esos valores de orientación que han promovido el advenimiento de regímenes populistas.

Desde el siglo XIX el populismo ha constituido uno de los fenómenos recurrentes más importantes en toda el área latinoamericana. No existe, por supuesto, unanimidad de pareceres a la hora de emitir un juicio valorativo acerca del mismo. En lugar de seguir la tradición escolástica de establecer definiciones pretendidamente exhaustivas y fácilmente



transmisibles, creo que es más conveniente tomar en cuenta los conocimientos previos sobre la temática, poner en evidencia las incongruencias de los modelos populistas y examinar sus posibilidades de consolidación en el futuro.

Las masas populares se pueden equivocar con la misma facilidad que lo hacen los individuos. Equivocarse es lo más usual en este mundo. Regímenes desastrosos llegaron al poder con amplio respaldo popular y legal, como Hitler, Mussolini y Perón. Nuestra obligación es mantener una distancia crítica con respecto a todos los regímenes políticos y a todos los experimentos sociales.